



Arriba

NUM. 270 - SEGUNDA EPOCA

MADRID, VIERNES 9 DE FEBRERO DE 1940

ORGANO DE FALANGE ESPAÑOLA TRADICIONALISTA Y DE LAS J. O. N. S. • DIARIO DE LA MAÑANA • 15 CENTIMOS

ESPAÑA:
UNA
GRANDE
LIBRE

JUVENTUD

EN esta fecha de hoy en que se cumple el aniversario de la heroica muerte de nuestro camarada Matías Montero, el Sindicato Español Universitario de la Falange rinde tributo a la memoria de los estudiantes caídos por nuestra Causa. Es ésta, pues, fecha propicia, por ser fecha ímpar en la juventud falangista, para aclarar y ordenar nuestro entendimiento de la juventud, de su misión y de su natural destino en la Historia.

Sobre pocos temas se habrá escrito y hablado más en los últimos veinte años que sobre este inagotable y difícil de la juventud y de la política. Existen, en los años que llevamos del siglo, dos clases bien diferentes, y fácilmente diferenciables, de juventudes. Hasta la Gran Guerra la juventud no se preocupó gran cosa de la política; a lo sumo formó "juventudes" en los partidos de los mayores, entendiendo la política con un sentido deliciosamente recreativo. Esta juventud, cuando se derrumbaba a sus espaldas lo último que se tenía en pie del Imperio, continuó—nadie puede negarlo—jugando a sus recreos. Naturalmente que al otro lado del mar estaba la excepción de los que caían con el fusil entre las manos. Y aquí alguna que otra excepción que, en todo caso, sólo vendrá a confirmarnos. Esta juventud dejó, naturalmente, la esterilidad y la enteca memoria de su paso y hasta nuestras más recientes fechas algunos jóvenes nos han rendido tributo a esta memoria organizándose palidamente para ser de nuevo "juventud" de partido político. Esto es, ingenuo y candoroso parapeto de los más trasnochados intereses y convencimientos. Pero a partir de los años de postguerra—en España, neutral entonces, algo más tarde—la juventud, que abre al mundo los ojos de su adolescencia, se encuentra con que, sin que aún conozca las causas, a sus lados se derrumba cada día una piedra del edificio social, un muro de la construcción del Estado. Todo un sistema del pensamiento y de la política se viene al suelo, y esta juventud, ante la catástrofe de cada día, envuelta y rodeada por una espesa atmósfera cataclísmica, siente la tremenda angustia de un mundo que se desvanece y se hunde antes de conocerlo, antes de arrancarle el misterio con que nos oprime, y se siente irremediablemente, inexcusablemente protagonista de su tiempo, actor de sus horas. A su alrededor poco es lo que se tiene en pie. La juventud recreativa se ha convertido en madurez escéptica, y los que tienen que enseñarle a creer, creen cada vez menos. Unos se llaman conservadores y otros liberales, pero todos han perdido la fe. La angustia de la juventud es ésta: si a la hora en que apuntan el entendimiento y el corazón se les enseña—como general ejemplo—la duda, tendrán que resolver por su cuenta. Y por esto la juventud española de hoy día, con brio, pero sin cauce, sus primeros pasos de protagonista de la Historia, hasta que una voz increíble y reveladora, voz joven nunca oída, levanta su corazón y su sangre y somete la inquietud de su pensamiento a la clara y precisa norma de una consigna salvadora: la Falange. Desde entonces sabe la juventud de España cuál es la dirección y el ritmo de su paso. Porque en una mañana de octubre aprendió para siempre esa verdad, jamás escuchada, que buscó enfervientemente en el despertar al mundo temeroso y agonizante de su primera juventud. Esta generación—que después había de cumplir su providencial y heroico destino en los campos de batalla de España—vio cerrarse ante sus ojos infantiles una página de la Historia que no tenía continuación. Y vio bien claro—nadie podrá dudarlo—que aquellos que debían seguirla escribiendo, ya no tenían nada que decir. Por esto, y nada más que por esto, la juventud de España está hoy escribiendo la Historia, y escribiéndola con su sangre, que es como se escribieron siempre las historias profundas. Por esto, y sólo por esto, Matías Montero cayó un día asesinado sobre el asfalto madrileño, luchando por España. Los jóvenes recreativos dedicaban sus horas a estudiar bastante más tranquilamente, y alguno de ellos, ya en trance de maduro escéptico, reprochaba la acción de aquella heroica primera línea del S. E. U., aconsejando a los estudiantes con irónica sensatez que se dedicaran a estudiar...

Nosotros, naturalmente, aspiramos a que nuestros hijos se dediquen profunda y vocacionalmente a estudiar. Ningún beneficio veremos para ellos en que sean en sus mejores años gobernadores de una provincia española. Por el contrario, procuramos asegurarles una adolescencia sin angustia y sin duda y una juventud entregada con fe y con alegría en el servicio arriesgado y heroico de la Patria. No tenemos, por tanto—que esto quede bien claro—ninguna superstición de lo juvenil, como no la tenemos de lo experimentado. Pero si la encrucijada de la vida nos vino a exigir la dura y difícil y espinosa tarea de construir un Estado, conste también que no renunciaremos a la empresa. Porque lo que tenemos a la espalda, más o menos liberal, más o menos conservador, eso pasó para siempre con aquella página de la Historia que era seguida por la otra página en blanco: por la nuestra.

Nuestros, naturalmente, aspiramos a que nuestros hijos se dediquen profunda y vocacionalmente a estudiar. Ningún beneficio veremos para ellos en que sean en sus mejores años gobernadores de una provincia española. Por el contrario, procuramos asegurarles una adolescencia sin angustia y sin duda y una juventud entregada con fe y con alegría en el servicio arriesgado y heroico de la Patria. No tenemos, por tanto—que esto quede bien claro—ninguna superstición de lo juvenil, como no la tenemos de lo experimentado. Pero si la encrucijada de la vida nos vino a exigir la dura y difícil y espinosa tarea de construir un Estado, conste también que no renunciaremos a la empresa. Porque lo que tenemos a la espalda, más o menos liberal, más o menos conservador, eso pasó para siempre con aquella página de la Historia que era seguida por la otra página en blanco: por la nuestra.

Suiza expulsa al ex secretario soviético en la Sociedad de Naciones

NO QUERIA REGRESAR A LA U. R. S. S.

Hoy celebra la Falange en toda España el "Día de los estudiantes caídos"

Luto en las Universidades de la Nación

UNA MISA DE CAMPAÑA EN LA UNIVERSITARIA Y UN ACTO EN "LA UNICA", ORGANIZADOS POR EL S. E. U. DE MADRID

MATIAS MONTERO Y ALEJANDRO SALAZAR

Por JOSE MIGUEL GUITARTE, jefe nacional del S. E. U.



Alejandro Salazar, jefe nacional del S. E. U., enarbolando la bandera falangista.

hicieron a fuerza de voluntad y de generoso sacrificio, han vuelto a las aulas con un maravilloso afán de estudiar. Muy lejos de nuestro ánimo censurar semejante actitud. Pero, como ya hemos dicho en otras ocasiones, hay muchas personas empeñadas en que España vuelva a ser lo que antes era, y no podemos contentarnos con estudiar solamente. Matías y Alejandro no murieron para que, llevada la elección hispánica a la cima sangrienta de nuestra guerra civil, desembocase nuestro país en una era de inaceptable y falsa felicidad. Su sangre no quería un pueblo esterilizado por el dolor, inútil y hambriento. Cayeron asesinados por soñar una España distinta y mejor. Pero no se crea que una nación se mejora con unas cuantas palabras, o que, porque en un país se hayan variado muchas cosas nominalmente, se ha efectuado toda la labor que se tenía que realizar.

En este día, que recordamos los asesinatos inmortales de los más dignos representantes del Sindicato Español Universitario, no debemos olvidarnos que ni Matías Montero ni Alejandro Salazar abandonaron un tanto el estudio por el puro goce de entregarse a la acción, sino porque, sin la acción de camaradas como Matías y Alejandro, España hubiera seguido siendo siempre esa realidad electora con la que quisimos acabar. Un espíritu revolucionario no quiere a su país marchando a un paso nuevo y fuerte por un deporte desoído de verlo marchar de manera distinta a como normalmente marcha. Sin por necesidad. Porque ese país no se puede resolver más que de una manera revolucionaria. E incluso—y esto es quizá el mayor homenaje que podemos hacer a nuestros caídos—con verdadero dolor, porque la construcción ulterior a las revoluciones no es humo de pajas ni cosa muy agradable para pensar en ella con absoluta trivialidad.

Los auténticos revolucionarios españoles como Matías Montero y Alejandro Salazar, que por catálisis perfectos necesitaban una justicia social más completa, y por auténticos españoles, una revolución que fecundase los valores más auténticos de una Patria sin noción, no pueden recordarse desde una actitud indiferente, en la que, por desgracia, son muchos los que caen, sino encontrándonos, o como ellos, profundamente entre la espada y la pared. No quisimos una España fundada sobre un pilar económico, porque la vida es algo más que una torpe lucha por la existencia. Pero no podemos sentir con toda autenticidad la muerte de Alejandro Salazar y Matías Montero si lo que pretendemos no es otra cosa que subsistir.

El enfrentamiento natural que se produce entre los jóvenes, terminada la guerra, es preciso superarlo con una conciencia exacta de la responsabilidad. Verdad es que el dolor y el sacrificio han impreso huella profunda en nuestras masas juveniles. Pero verdad también que la parte más viva de España, la juventud combatiente y

cautiva, por ese dolor que ya es historia en su haber, recordando a Matías y Alejandro, ha de estar siempre entre la espada y la pared, dispuesta a conseguir, en un equilibrio creador y revolucionario, lo que los seculares enemigos irreconciliables de España no supieron lograr.

Cuando José Antonio, en la muerte de Matías Montero, le dio gracias por su ejemplo, no se decía a los universitarios españoles, que no era posible en España durante mucho tiempo estudiar y estudiar. Las derechas, por un lado, y las izquierdas, por otro, han abierto en el costado de España una herida demasiado profunda para que las juventudes de España no presten a esta herida la suficiente atención. Matías Montero y Alejandro Salazar abandonaron la posición del estudiante por deber y por dolor. Y como ellos, la juventud de España debe vivir de la inercia y de la desprecupación.

Por razones de hierro y de diamante cayeron en España Matías Montero y Alejandro Salazar y toda una generación de jóvenes. Por nuestras razones de hierro y de diamante tenemos que luchar sin descanso por una España ejemplar.



Matías Montero

dos los estudiantes caídos: era el primero de los que dejaban su vida junto al encendido de las calles de Madrid; se llamaba Matías Montero y Rodríguez de Trujillo. Era estudiante de Medicina.

Matías Montero sabía que tras la aridez de los textos había una verdad; sabía también que había una verdad imperiosa en la juventud de su sangre; conocía también—porque lo oyó a José Antonio—la mentira de la política y la verdad de la misión de España.



José Antonio y el hermano de Matías Montero momentos antes de recibir sepultura el camarada caído.

Matías Montero

El día 21 de noviembre de 1933 se presentaron en la Dirección General de Seguridad los Estatutos del entonces Sindicato Universitario Español.

Fue éste el primer fruto de la Falange; un más antes el primer Jefe nacional había hablado a España de la verdad de su destino, y los oídos jóvenes escucharon y comprendieron la angustia de aquella voz.

El Sindicato Universitario Español se lanzó a la conquista de la nueva Patria, haciendo norma de su vida la voz suprema del Jefe nacional.

Tres meses después, esta norma de vida había cuajado ya, cuando la Vida suprema—la muerte—al estudiante que luego habría de ser el símbolo de toda la Falange, un más antes el primer Jefe nacional había hablado a España de la verdad de su destino, y los oídos jóvenes escucharon y comprendieron la angustia de aquella voz.

La noche del 9 de febrero de 1934 volvió de un acto de servicio: vendió el semanario "F. E.". El día siguiente, cuando el periódico, como la Falange, se levantó por centurias, "F. E." era grito de promesa y de amenaza. Había acompañado ya a todos los camaradas que con él hicieron servicio aquella noche hasta sus casas, y marchaba el solo por el barrio de Argüelles, donde el Radio Oeste del Partido Comunista y el Circulo Socialista de Valdelella tenían extendido su amplio afán de asesinar falangistas. Matías Montero tenía en el bolsillo la amenaza de muerte que le había dirigido el Radio. Días después, cuando el "F. E." su convencimiento de que los que quedaban "elevarían al supremo Jefe de los Ejércitos la canción de los viejos camaradas, la canción del amor a los caídos", sabía que el vivir y el morir era acto de servicio, y no temía a la muerte.

En la esquina de la calle de Mendizábal con la del Marqués de Urquijo, le agredieron a tiros por la espalda; ya caído, se ensañaron en los disparos los asesinos, y le remataron a quemarropa. Cuando la gente que se atrevió a hacerlo le trasladó a la Casa de Socorro del Marqués de Urquijo, Matías Montero había pasado a ser el símbolo de los universitarios de España, y el Radio Comunista de Oeste, con el Circulo Socialista del pasaje Valdelella, había cometido un crimen más.

A los cuatro meses de constituirse

El féretro en que reposan los restos de Matías Montero pasados a hombros de camaradas

PARA LOS TRABAJADORES ENCUADRADOS EN LOS SINDICATOS

La C. N. S. proyecta lugares de reposo, campos de deporte y viajes de recreo para sus afiliados

CIUDAD REAL 8.—La C. N. S. proyecta la organización de lugares de reposo para obreros, la construcción de un campo de deportes, viajes de recreo para los trabajadores encuadrados en los Sindicatos y obras complementarias para los distintos Sindicatos, como consultorios médicos, etc. (Cifra.)

Catástrofe minera en Bélgica

Cincuenta y seis obreros sepultados en un pozo de 1.200 metros de profundidad

BRUSELAS 8.—Se ha producido una catástrofe minera en Marchiennes, en uno de los pozos más profundos de Bélgica, situado a 1.200 metros bajo tierra.

Según las últimas noticias, los trabajos de salvamento no han podido terminarse todavía, a causa de las grandes dificultades con que tropiezan. Los equipos se esfuerzan ante todo en dominar el fuego para evitar la extensión del siniestro.

Se cree que en uno de los cables eléctricos se produjo un cortocircuito por alguna circunstancia. Inmediatamente sobrevino un incendio y después un derrumbeamiento.

De los 60 mineros a los cuales se atribuyó la catástrofe cuando trataban de subir a la superficie sólo cuatro escaparon a la muerte. (Efe.)

FALTAN 21 CADAVERES

BRUSELAS 8.—No han sido encontrados todavía los cuerpos de 21 obreros que faltan a consecuencia del accidente de las minas de Marchiennes. Todavía no ha sido extinguido el incendio. La Cámara y el Senado han interrumpido sus sesiones durante media hora en señal de duelo por la muerte de los obreros de esta mina. La huelga declarada en algunas minas de Charleroi ha terminado hoy. (Efe.)

El anticomunismo y los negocios

NUEVA YORK 8.—Las autoridades se han negado a hacer ninguna declaración oficial respecto a la llegada al puerto de San Francisco del vapor soviético "Kirov", con que se cargamento de 5.600.000 dólares oro, destinados al Banco de Nueva York.

Parece ser que esta cantidad se envía como pago de maquinaria agrícola. (Efe.)

El Reich desmiente que Roos estuviera en relación con Alemania

BERLIN 8.—La D. N. B. comunicó: "La agencia Havas ha difundido un comunicado de la Dirección del Tribunal Militar que condenó a muerte al autonomista albaniano Roos. En este comunicado se dice que Roos estaba en relación, desde hace varios años, con agentes del Servicio Secreto alemán, y que había procurado a éstos informes sobre las medidas de seguridad militar tomadas por Francia. A este respecto se comunicó oficialmente lo siguiente: El albaniano Roos no ha estado jamás en relación con ninguna organización alemana. La afirmación de que hizo entrega a agentes alemanes de informaciones sobre las medidas de seguridad francesas u otros problemas militares, es por consiguiente, falsa e inventada. El Gobierno francés habrá de buscar otros motivos para justificar la ejecución de este autonomista albaniano, conocido desde hace mucho tiempo por el embajador de Francia en París como un causa de sus críticas de la situación en que se encuentran los albaneses evacuados en el interior de Francia." (Efe.)

EL P. BULART CONDECORADO POR HITLER

El ilustre sacerdote y capellán castrense P. José María Bulart, ha sido condecorado por el emperador de Alemania en Madrid, con la gran cruz del Águila Alemana, que le ha concedido el Cancellier Hitler.

COMENTARIO

Franco pasa revista a la Historia

La gloria de este mundo es saber que no sólo en polvo hemos de convertirnos irremediablemente. La gloriosa consagración del Emperador D. Carlos en Yuste sería menor sabiendo que la luz de cuatro siglos más tarde seguiría brillando en aquellos ojos que le copió Tiziano, y, sobre todo, añadiendo que los puros y puros, más tarde, después de la gloriosa primavera del Elba destruyera con su espada otra vez hereses en cien Mülberg seguidos. El mismo Spínola sentiría con mucha mesura su desolación de haberse inevitablemente mortal, si hubiera sabido que las lanzas de Breda serían ya siempre una alameda tibia para sembrar la permanencia de su piedra caballerosa revidada en vencedores de otros muchos Justinos de Nassau. Todo esto no son, precisamente, cenizas.

Cualquiera de nosotros puede extasiarse en el Museo del Prado ante la gloriosa consagración del Emperador D. Carlos en Yuste sería menor sabiendo que la luz de cuatro siglos más tarde seguiría brillando en aquellos ojos que le copió Tiziano, y, sobre todo, añadiendo que los puros y puros, más tarde, después de la gloriosa primavera del Elba destruyera con su espada otra vez hereses en cien Mülberg seguidos. El mismo Spínola sentiría con mucha mesura su desolación de haberse inevitablemente mortal, si hubiera sabido que las lanzas de Breda serían ya siempre una alameda tibia para sembrar la permanencia de su piedra caballerosa revidada en vencedores de otros muchos Justinos de Nassau. Todo esto no son, precisamente, cenizas.

Cualquiera de nosotros puede extasiarse en el Museo del Prado ante la gloriosa consagración del Emperador D. Carlos en Yuste sería menor sabiendo que la luz de cuatro siglos más tarde seguiría brillando en aquellos ojos que le copió Tiziano, y, sobre todo, añadiendo que los puros y puros, más tarde, después de la gloriosa primavera del Elba destruyera con su espada otra vez hereses en cien Mülberg seguidos. El mismo Spínola sentiría con mucha mesura su desolación de haberse inevitablemente mortal, si hubiera sabido que las lanzas de Breda serían ya siempre una alameda tibia para sembrar la permanencia de su piedra caballerosa revidada en vencedores de otros muchos Justinos de Nassau. Todo esto no son, precisamente, cenizas.

Cualquiera de nosotros puede extasiarse en el Museo del Prado ante la gloriosa consagración del Emperador D. Carlos en Yuste sería menor sabiendo que la luz de cuatro siglos más tarde seguiría brillando en aquellos ojos que le copió Tiziano, y, sobre todo, añadiendo que los puros y puros, más tarde, después de la gloriosa primavera del Elba destruyera con su espada otra vez hereses en cien Mülberg seguidos. El mismo Spínola sentiría con mucha mesura su desolación de haberse inevitablemente mortal, si hubiera sabido que las lanzas de Breda serían ya siempre una alameda tibia para sembrar la permanencia de su piedra caballerosa revidada en vencedores de otros muchos Justinos de Nassau. Todo esto no son, precisamente, cenizas.

Cualquiera de nosotros puede extasiarse en el Museo del Prado ante la gloriosa consagración del Emperador D. Carlos en Yuste sería menor sabiendo que la luz de cuatro siglos más tarde seguiría brillando en aquellos ojos que le copió Tiziano, y, sobre todo, añadiendo que los puros y puros, más tarde, después de la gloriosa primavera del Elba destruyera con su espada otra vez hereses en cien Mülberg seguidos. El mismo Spínola sentiría con mucha mesura su desolación de haberse inevitablemente mortal, si hubiera sabido que las lanzas de Breda serían ya siempre una alameda tibia para sembrar la permanencia de su piedra caballerosa revidada en vencedores de otros muchos Justinos de Nassau. Todo esto no son, precisamente, cenizas.

Cualquiera de nosotros puede extasiarse en el Museo del Prado ante la gloriosa consagración del Emperador D. Carlos en Yuste sería menor sabiendo que la luz de cuatro siglos más tarde seguiría brillando en aquellos ojos que le copió Tiziano, y, sobre todo, añadiendo que los puros y puros, más tarde, después de la gloriosa primavera del Elba destruyera con su espada otra vez hereses en cien Mülberg seguidos. El mismo Spínola sentiría con mucha mesura su desolación de haberse inevitablemente mortal, si hubiera sabido que las lanzas de Breda serían ya siempre una alameda tibia para sembrar la permanencia de su piedra caballerosa revidada en vencedores de otros muchos Justinos de Nassau. Todo esto no son, precisamente, cenizas.

Cualquiera de nosotros puede extasiarse en el Museo del Prado ante la gloriosa consagración del Emperador D. Carlos en Yuste sería menor sabiendo que la luz de cuatro siglos más tarde seguiría brillando en aquellos ojos que le copió Tiziano, y, sobre todo, añadiendo que los puros y puros, más tarde, después de la gloriosa primavera del Elba destruyera con su espada otra vez hereses en cien Mülberg seguidos. El mismo Spínola sentiría con mucha mesura su desolación de haberse inevitablemente mortal, si hubiera sabido que las lanzas de Breda serían ya siempre una alameda tibia para sembrar la permanencia de su piedra caballerosa revidada en vencedores de otros muchos Justinos de Nassau. Todo esto no son, precisamente, cenizas.

Cualquiera de nosotros puede extasiarse en el Museo del Prado ante la gloriosa consagración del Emperador D. Carlos en Yuste sería menor sabiendo que la luz de cuatro siglos más tarde seguiría brillando en aquellos ojos que le copió Tiziano, y, sobre todo, añadiendo que los puros y puros, más tarde, después de la gloriosa primavera del Elba destruyera con su espada otra vez hereses en cien Mülberg seguidos. El mismo Spínola sentiría con mucha mesura su desolación de haberse inevitablemente mortal, si hubiera sabido que las lanzas de Breda serían ya siempre una alameda tibia para sembrar la permanencia de su piedra caballerosa revidada en vencedores de otros muchos Justinos de Nassau. Todo esto no son, precisamente, cenizas.

Cualquiera de nosotros puede extasiarse en el Museo del Prado ante la gloriosa consagración del Emperador D. Carlos en Yuste sería menor sabiendo que la luz de cuatro siglos más tarde seguiría brillando en aquellos ojos que le copió Tiziano, y, sobre todo, añadiendo que los puros y puros, más tarde, después de la gloriosa primavera del Elba destruyera con su espada otra vez hereses en cien Mülberg seguidos. El mismo Spínola sentiría con mucha mesura su desolación de haberse inevitablemente mortal, si hubiera sabido que las lanzas de Breda serían ya siempre una alameda tibia para sembrar la permanencia de su piedra caballerosa revidada en vencedores de otros muchos Justinos de Nassau. Todo esto no son, precisamente, cenizas.

Cualquiera de nosotros puede extasiarse en el Museo del Prado ante la gloriosa consagración del Emperador D. Carlos en Yuste sería menor sabiendo que la luz de cuatro siglos más tarde seguiría brillando en aquellos ojos que le copió Tiziano, y, sobre todo, añadiendo que los puros y puros, más tarde, después de la gloriosa primavera del Elba destruyera con su espada otra vez hereses en cien Mülberg seguidos. El mismo Spínola sentiría con mucha mesura su desolación de haberse inevitablemente mortal, si hubiera sabido que las lanzas de Breda serían ya siempre una alameda tibia para sembrar la permanencia de su piedra caballerosa revidada en vencedores de otros muchos Justinos de Nassau. Todo esto no son, precisamente, cenizas.

Cualquiera de nosotros puede extasiarse en el Museo del Prado ante la gloriosa consagración del Emperador D. Carlos en Yuste sería menor sabiendo que la luz de cuatro siglos más tarde seguiría brillando en aquellos ojos que le copió Tiziano, y, sobre todo, añadiendo que los puros y puros, más tarde, después de la gloriosa primavera del Elba destruyera con su espada otra vez hereses en cien Mülberg seguidos. El mismo Spínola sentiría con mucha mesura su desolación de haberse inevitablemente mortal, si hubiera sabido que las lanzas de Breda serían ya siempre una alameda tibia para sembrar la permanencia de su piedra caballerosa revidada en vencedores de otros muchos Justinos de Nassau. Todo esto no son, precisamente, cenizas.

Cualquiera de nosotros puede extasiarse en el Museo del Prado ante la gloriosa consagración del Emperador D. Carlos en Yuste sería menor sabiendo que la luz de cuatro siglos más tarde seguiría brillando en aquellos ojos que le copió Tiziano, y, sobre todo, añadiendo que los puros y puros, más tarde, después de la gloriosa primavera del Elba destruyera con su espada otra vez hereses en cien Mülberg seguidos. El mismo Spínola sentiría con mucha mesura su desolación de haberse inevitablemente mortal, si hubiera sabido que las lanzas de Breda serían ya siempre una alameda tibia para sembrar la permanencia de su piedra caballerosa revidada en vencedores de otros muchos Justinos de Nassau. Todo esto no son, precisamente, cenizas.

Cualquiera de nosotros puede extasiarse en el Museo del Prado ante la gloriosa consagración del Emperador D. Carlos en Yuste sería menor sabiendo que la luz de cuatro siglos más tarde seguiría brillando en aquellos ojos que le copió Tiziano, y, sobre todo, añadiendo que los puros y puros, más tarde, después de la gloriosa primavera del Elba destruyera con su espada otra vez hereses en cien Mülberg seguidos. El mismo Spínola sentiría con mucha mesura su desolación de haberse inevitablemente mortal, si hubiera sabido que las lanzas de Breda serían ya siempre una alameda tibia para sembrar la permanencia de su piedra caballerosa revidada en vencedores de otros muchos Justinos de Nassau. Todo esto no son, precisamente, cenizas.

Cualquiera de nosotros puede extasiarse en el Museo del Prado ante la gloriosa consagración del Emperador D. Carlos en Yuste sería menor sabiendo que la luz de cuatro siglos más tarde seguiría brillando en aquellos ojos que le copió Tiziano, y, sobre todo, añadiendo que los puros y puros, más tarde, después de la gloriosa primavera del Elba destruyera con su espada otra vez hereses en cien Mülberg seguidos. El mismo Spínola sentiría con mucha mesura su desolación de haberse inevitablemente mortal, si hubiera sabido que las lanzas de Breda serían ya siempre una alameda tibia para sembrar la permanencia de su piedra caballerosa revidada en vencedores de otros muchos Justinos de Nassau. Todo esto no son, precisamente, cenizas.

Cualquiera de nosotros puede extasiarse en el Museo del Prado ante la gloriosa consagración del Emperador D. Carlos en Yuste sería menor sabiendo que la luz de cuatro siglos más tarde seguiría brillando en aquellos ojos que le copió Tiziano, y, sobre todo, añadiendo que los puros y puros, más tarde, después de la gloriosa primavera del Elba destruyera con su espada otra vez hereses en cien Mülberg seguidos. El mismo Spínola sentiría con mucha mesura su desolación de haberse inevitablemente mortal, si hubiera sabido que las lanzas de Breda serían ya siempre una alameda tibia para sembrar la permanencia de su piedra caballerosa revidada en vencedores de otros muchos Justinos de Nassau. Todo esto no son, precisamente, cenizas.

Cualquiera de nosotros puede extasiarse en el Museo del Prado ante la gloriosa consagración del Emperador D. Carlos en Yuste sería menor sabiendo que la luz de cuatro siglos más tarde seguiría brillando en aquellos ojos que le copió Tiziano, y, sobre todo, añadiendo que los puros y puros, más tarde, después de la gloriosa primavera del Elba destruyera con su espada otra vez hereses en cien Mülberg seguidos. El mismo Spínola sentiría con mucha mesura su desolación de haberse inevitablemente mortal, si hubiera sabido que las lanzas de Breda serían ya siempre una alameda tibia para sembrar la permanencia de su piedra caballerosa revidada en vencedores de otros muchos Justinos de Nassau. Todo esto no son, precisamente, cenizas.

Cualquiera de nosotros puede extasiarse en el Museo del Prado ante la gloriosa consagración del Emperador D. Carlos en Yuste sería menor sabiendo que la luz de cuatro siglos más tarde seguiría brillando en aquellos ojos que le copió Tiziano, y, sobre todo, añadiendo que los puros y puros, más tarde, después de la gloriosa primavera del Elba destruyera con su espada otra vez hereses en cien Mülberg seguidos. El mismo Spínola sentiría con mucha mesura su desolación de haberse inevitablemente mortal, si hubiera sabido que las lanzas de Breda serían ya siempre una alameda tibia para sembrar la permanencia de su piedra caballerosa revidada en vencedores de otros muchos Justinos de Nassau. Todo esto no son, precisamente, cenizas.

Cualquiera de nosotros puede extasiarse en el Museo del Prado ante la gloriosa consagración del Emperador D. Carlos en Yuste sería menor sabiendo que la luz de cuatro siglos más tarde seguiría brillando en aquellos ojos que le copió Tiziano, y, sobre todo, añadiendo que los puros y puros, más tarde, después de la gloriosa primavera del Elba destruyera con su espada otra vez hereses en cien Mülberg seguidos. El mismo Spínola sentiría con mucha mesura su desolación de haberse inevitablemente mortal, si hubiera sabido que las lanzas de Breda serían ya siempre una alameda tibia para sembrar la permanencia de su piedra caballerosa revidada en vencedores de otros muchos Justinos de Nassau. Todo esto no son, precisamente, cenizas.

Cualquiera de nosotros puede extasiarse en el Museo del Prado ante la gloriosa consagración del Emperador D. Carlos en Yuste sería menor sabiendo que la luz de cuatro siglos más tarde seguiría brillando en aquellos ojos que le copió Tiziano, y, sobre todo, añadiendo que los puros y puros, más tarde, después de la gloriosa primavera del Elba destruyera con su espada otra vez hereses en cien Mülberg seguidos. El mismo Spínola sentiría con mucha mesura su desolación de haberse inevitablemente mortal, si hubiera sabido que las lanzas de Breda serían ya siempre una alameda tibia para sembrar la permanencia de su piedra caballerosa revidada en vencedores de otros muchos Justinos de Nassau. Todo esto no son, precisamente, cenizas.

Cualquiera de nosotros puede extasiarse en el Museo del Prado ante la gloriosa consagración del Emperador D. Carlos en Yuste sería menor sabiendo que la luz de cuatro siglos más tarde seguiría brillando en aquellos ojos que le copió Tiziano, y, sobre todo, añadiendo que los puros y puros, más tarde, después de la gloriosa primavera del Elba destruyera con su espada otra vez hereses en cien Mülberg seguidos. El mismo Spínola sentiría con mucha mesura su desolación de haberse inevitablemente mortal, si hubiera sabido que las lanzas de Breda serían ya siempre una alameda tibia para sembrar la permanencia de su piedra caballerosa revidada en vencedores de otros muchos Justinos de Nassau. Todo esto no son, precisamente, cenizas.

Cualquiera de nosotros puede extasiarse en el Museo del Prado ante la gloriosa consagración del Emperador D. Carlos en Yuste sería menor sabiendo que la luz de cuatro siglos más tarde seguiría brillando en aquellos ojos que le copió Tiziano, y, sobre todo, añadiendo que los puros y puros, más tarde, después de la gloriosa primavera del Elba destruyera con su espada otra vez hereses en cien Mülberg seguidos. El mismo Spínola sentiría con mucha mesura su desolación de haberse inevitablemente mortal, si hubiera sabido que las lanzas de Breda serían ya siempre una alameda tibia para sembrar la permanencia de su piedra caballerosa revidada en vencedores de otros muchos Justinos de Nassau. Todo esto no son, precisamente, cenizas.

Cualquiera de nosotros puede extasiarse en el Museo del Prado ante la gloriosa consagración del Emperador D. Carlos en Yuste sería menor sabiendo que la luz de cuatro siglos más tarde seguiría brillando en aquellos ojos que le copió Tiziano, y, sobre todo, añadiendo que los puros y puros, más tarde, después de la gloriosa primavera del Elba destruyera con su espada otra vez hereses en cien Mülberg seguidos. El mismo Spínola sentiría con mucha mesura su desolación de haberse inevitablemente mortal, si hubiera sabido que las lanzas de Breda serían ya siempre una alameda tibia para sembrar la permanencia de su piedra caballerosa revidada en vencedores de otros muchos Justinos de Nassau. Todo esto no son, precisamente, cenizas.

Cualquiera de nosotros puede extasiarse en el Museo del Prado ante la gloriosa consagración del Emperador D. Carlos en Yuste sería menor sabiendo que la luz de cuatro siglos más tarde seguiría brillando en aquellos ojos que le copió Tiziano, y, sobre todo, añadiendo que los puros y puros, más tarde, después de la gloriosa primavera del Elba destruyera con su espada otra vez hereses en cien Mülberg seguidos. El mismo Spínola sentiría con mucha mesura su desolación de haberse inevitablemente mortal, si hubiera sabido que las lanzas de Breda serían ya siempre una alameda tibia para sembrar la permanencia de su piedra caballerosa revidada en vencedores de otros muchos Justinos de Nassau. Todo esto no son, precisamente, cenizas.

Cualquiera de nosotros puede extasiarse en el Museo del Prado ante la gloriosa consagración del Emperador D. Carlos en Yuste sería menor sabiendo que la luz de cuatro siglos más tarde seguiría brillando en aquellos ojos que le copió Tiziano, y, sobre todo, añadiendo que los puros y puros, más tarde, después de la gloriosa primavera del Elba destruyera con su espada otra vez hereses en cien Mülberg seguidos. El mismo Spínola sentiría con mucha mesura su desolación de haberse inevitablemente mortal, si hubiera sabido que las lanzas de Breda serían ya siempre una alameda tibia para sembrar la permanencia de su piedra caballerosa revidada en vencedores de otros muchos Justinos de Nassau. Todo esto no son, precisamente, cenizas.

Cualquiera de nosotros puede extasiarse en el Museo del Prado ante la gloriosa consagración del Emperador D. Carlos en Yuste sería menor sabiendo que la luz de cuatro siglos más tarde seguiría brillando en aquellos ojos que le copió Tiziano, y, sobre todo, añadiendo que los puros y puros, más tarde, después de la gloriosa primavera del Elba destruyera con su espada otra vez hereses en cien Mülberg seguidos. El mismo Spínola sentiría con mucha mesura su desolación de haberse inevitablemente mortal, si hubiera sabido que las lanzas de Breda serían ya siempre una alameda tibia para sembrar la permanencia de su piedra caballerosa revidada en vencedores de otros muchos Justinos de Nassau. Todo esto no son, precisamente, cenizas.

Cualquiera de nosotros puede extasiarse en el Museo del Prado ante la gloriosa consagración del Emperador D. Carlos en Yuste sería menor sabiendo que la luz de cuatro siglos más tarde seguiría brillando en aquellos ojos que le copió Tiziano, y, sobre todo, añadiendo que los puros y puros, más tarde, después de la gloriosa primavera del Elba destruyera con su espada otra vez hereses en cien Mülberg seguidos. El mismo Spínola sentiría con mucha mesura su desolación de haberse inevitablemente mortal, si hubiera sabido que las lanzas de Breda serían ya siempre una alameda tibia para sembrar la permanencia de su piedra caballerosa revidada en vencedores de otros muchos Justinos de Nassau. Todo esto no son, precisamente, cenizas.

Cualquiera de nosotros puede extasiarse en el Museo del Prado ante la gloriosa consagración del Emperador D. Carlos en Yuste sería menor sabiendo que la luz de cuatro siglos más tarde seguiría brillando en aquellos ojos que le copió Tiziano, y, sobre todo, añadiendo que los puros y puros, más tarde, después de la gloriosa primavera del Elba destruyera con su espada otra vez hereses en cien Mülberg seguidos. El mismo Spínola sentiría con mucha mesura su desolación de haberse inevitablemente mortal, si hubiera sabido que las lanzas de Breda serían ya siempre una alameda tibia para sembrar la permanencia de su piedra caballerosa revidada en vencedores de otros muchos Justinos de Nassau. Todo esto no son, precisamente, cenizas.

Cualquiera de nosotros puede extasiarse en el Museo del Prado ante la gloriosa consagración del Emperador D. Carlos en Yuste sería menor sabiendo que la luz de cuatro siglos más tarde seguiría brillando en aquellos ojos que le copió Tiziano, y, sobre todo, añadiendo que los puros y puros, más tarde, después de la gloriosa primavera del Elba destruyera con su espada otra vez hereses en cien Mülberg seguidos. El mismo Spínola sentiría con mucha mesura su desolación de haberse inevitablemente mortal, si hubiera sabido que las lanzas de Breda serían ya siempre una alameda tibia para sembrar la permanencia de su piedra caballerosa revidada en vencedores de otros muchos Justinos de Nassau. Todo esto no son, precisamente, cenizas.

Cualquiera de nosotros puede extasiarse en el Museo del Prado ante la gloriosa consagración del Emperador D. Carlos en Yuste sería menor sabiendo que la luz de cuatro siglos más tarde seguiría brillando en aquellos ojos que le copió Tiziano, y, sobre todo, añadiendo que los puros y puros, más tarde, después de la gloriosa primavera del Elba destruyera con su espada otra vez hereses en cien Mülberg seguidos. El mismo Spínola sentiría con mucha mesura su desolación de haberse inevitablemente mortal, si hubiera sabido que las lanzas de Breda serían ya siempre una alameda tibia para sembrar la permanencia de su piedra caballerosa revidada en vencedores de otros muchos Justinos de Nassau. Todo esto no son, precisamente, cenizas.

Cualquiera de nosotros puede extasiarse en el Museo del Prado ante la gloriosa consagración del Emperador D. Carlos en Yuste sería menor sabiendo que la luz de cuatro siglos más tarde seguiría brillando en aquellos ojos que le copió Tiziano, y, sobre todo, añadiendo que los puros y puros, más tarde, después de la gloriosa primavera del Elba destruyera con su espada otra vez hereses en cien Mülberg seguidos. El mismo Spínola sentiría con mucha mesura su desolación de haberse inevitablemente mortal, si hubiera sabido que las lanzas de Breda serían ya siempre una alameda tibia para sembrar la permanencia de su piedra caballerosa revidada en vencedores de otros muchos Justinos de Nassau. Todo esto no son, precisamente, cenizas.

Cualquiera de nosotros puede extasiarse en el Museo del Prado ante la gloriosa consagración del Emperador D. Carlos en Yuste sería menor sabiendo que la luz de cuatro siglos más tarde seguiría brillando en aquellos ojos que le copió Tiziano, y, sobre todo, añadiendo que los puros y puros, más tarde, después de la gloriosa primavera del Elba destruyera con su espada otra vez hereses en cien Mülberg seguidos. El mismo Spínola sentiría con mucha mesura su desolación de haberse inevitablemente mortal, si hubiera sabido que las lanzas de Breda serían ya siempre una alameda tibia para sembrar la permanencia de su piedra caballerosa revidada en vencedores de otros muchos Justinos de Nassau. Todo esto no son, precisamente, cenizas.

Cualquiera de nosotros puede extasiarse en el Museo del Prado ante la gloriosa consagración del Emperador D. Carlos en Yuste sería menor sabiendo que la luz de cuatro siglos más tarde seguiría brillando en aquellos ojos que le copió Tiziano, y, sobre todo, añadiendo que los puros y puros, más tarde, después de la gloriosa primavera del Elba destruyera con su espada otra vez hereses en cien Mülberg seguidos. El mismo Spínola sentiría con mucha mesura su desolación de haberse inevitablemente mortal, si hubiera sabido que las lanzas de Breda serían ya siempre una alameda tibia para sembrar la permanencia de su piedra caballerosa revidada en vencedores de otros muchos Justinos de Nassau. Todo esto no son, precisamente, cenizas.

Cualquiera de nosotros puede extasiarse en el Museo del Prado ante la gloriosa consagración del Emperador D. Carlos en Yuste sería menor sabiendo que la luz de cuatro siglos más tarde seguiría brillando en aquellos ojos que le copió Tiziano, y, sobre todo, añadiendo que los puros y puros, más tarde, después de la gloriosa primavera del Elba destruyera con su espada otra vez hereses en cien Mülberg seguidos. El mismo Spínola sentiría con mucha mesura su desolación de haberse inevitablemente mortal, si hubiera sabido que las lanzas de Breda serían ya siempre una alameda tibia para sembrar la permanencia de su piedra caballerosa revidada en vencedores de otros muchos Justinos de Nassau. Todo esto no son, precisamente, cenizas.

Cualquiera de nosotros puede extasiarse en el Museo del Prado ante la gloriosa consagración del Emperador D. Carlos en Yuste sería menor sabiendo que la luz de cuatro siglos más tarde seguiría brillando en aquellos ojos que le copió Tiziano, y, sobre todo, añadiendo que los puros y puros, más tarde, después de la gloriosa primavera del Elba destruyera con su espada otra vez hereses en cien Mülberg seguidos. El mismo Spínola sentiría con mucha mesura su desolación de haberse inevitablemente mortal, si hubiera sabido que las lanzas de Breda serían ya siempre una alameda tibia para sembrar la permanencia de su piedra caballerosa revidada en vencedores de otros muchos Justinos de Nassau. Todo esto no son, precisamente, cenizas.

Cualquiera de nosotros puede extasiarse en el Museo del Prado ante la gloriosa consagración del Emperador D. Carlos en Yuste sería menor sabiendo que la luz de cuatro siglos más tarde seguiría brillando en aquellos ojos que le copió Tiziano, y, sobre todo, añadiendo que los puros y puros, más tarde, después de la gloriosa primavera del Elba destruyera con su espada otra vez hereses en cien Mülberg seguidos. El mismo Spínola sentiría con mucha mesura su desolación de haberse inevitablemente mortal, si hubiera sabido que las lanzas de Breda serían ya siempre una alameda tibia para sembrar la permanencia de su piedra caballerosa revidada en vencedores de otros muchos Justinos de Nassau. Todo esto no son, precisamente, cenizas.

Cualquiera de nosotros puede extasiarse en el

